

CORREO CONCERTADO

CORREO CONCERTADO

El Castellano

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción y venta.

Toledo: D. Elías Galán, Comercio, 62

Anuncios económicos.

Se publica martes y sábados.

Redacción y Administración: Lechuga, 13.—Teléfono 12

Precio de suscripción.

Un año..... 6,00 pesetas

Número suelto..... 0,10

Pago adelantado

LOS BLANDOS DE CORAZÓN

La calma estival ha sido interrumpida por un suceso que ha dejado en toda España una impresión penosa.

En el *Namancia* ha estallado una rebelión y, como consecuencia, un marino, después del fallo del Tribunal correspondiente, ha pagado con su vida.

Todo ha sido rápido, como uno de esos relámpagos que, en los días calurosos, cruzan el seno de las nubes como un latigazo, dejando una victima tendida sobre la tierra y un fuerte olor de azufre en el aire.

La noticia de la sublevación y la del fusilamiento ha llegado casi á la vez.

¡Fusilamiento! Los periódicos han estampado esta palabra con terror supersticioso. Ellos, los órganos de la opinión, los intérpretes de los sentimientos humanitarios, no pueden tolerar que se fusile en pleno siglo XX.

Y casi á coro, aun antes de conocer la clase y circunstancias del delito, los sensibles periodistas, como si ya sintiesen en su cuerpo el frío de las balas y el vértigo del abismo, gritaron: ¡clemencia!

A la hora presente aún no sabemos si, durante algún tiempo, España ha vivido sobre un volcán; si nuestros marinos quisieron repetir el gesto trágico cómico de los portugueses, ó si se trata de unos cuantos locos que se propusieron apoderarse del *Namancia* para visitar como triunfadores unos cuantos puertos; pero esto importa poco. El último grito de la moda es: ¡clemencia!... y sabido es que los periódicos viven siempre á la moda.

Lloremos sobre el muerto y ofendámonos nuestras oraciones. Lamentemos su desgracia; pero no se nos tache de crueles si raciocinamos por un instante; que el hombre, además del corazón, tiene también cabeza.

Francamente, el lirismo de los plumíferos nos ha parecido algo extemporáneo.

La Patria no puede subsistir sin un ejército disciplinado, y un ejército se desmoraliza sin un prudente rigor.

¿Con qué derecho vamos á lamentarnos de la progresión creciente de la criminalidad y del antimilitarismo, si nosotros somos los primeros en pedir con toda la fuerza de nuestros pulmones indulto para los mayores criminales y para los que propagan la deserción y la desobediencia en el ejército?

Llegar á la abolición de la pena de muerte debiera ser nuestro *desiderátum*; pero llegar, aboliendo antes la criminalidad.

Pedir indulgencia para todo reo, pedirle sin que existan circunstancias atenuantes, sólo por blandura de corazón, por sensibilidad, por hacer alarde de fáciles sentimientos filantrópicos, es burlar los artículos del código, es alentar á los criminales con la esperanza de una impunidad relativa; es hasta degradar el carác-

ter español, firme, enérgico, severo é inflexible, que lo mismo sabe dar su sangre, cuando es necesaria, que exigirle, cuando es la única reparación adecuada al orden violado por el delito.

Si el indulto deja de ser gracia extraordinaria, deja también de ser indulto; es una abolición indirecta de la pena, si es que no se trueca en elemento desmoralizador.

Si algún día, en un plebiscito, se nos llamase á decidir acerca de la abolición de la pena de muerte, nuestro voto sería resueltamente negativo.

Opinamos que mientras haya malvados y criminales en la sociedad, el verdugo es una institución honorable, y tan necesaria como es al podador el hacha con que separa del árbol las ramas secas, como al agricultor el arado y la azada con que extirpa las hierbas nocivas.

Por rígida que parezca esta doctrina, es la de la inmensa mayoría de los autores católicos, comenzando por Santo Tomás.

Vosotros, los que pensáis en «el más allá» de la muerte, no os dejéis alucinar por el fantasma de una posible conversión del criminal en caso de indulto. Hasta cierto punto, continúa hoy siendo verdad lo que antes decían los franceses: *Cent pendus, pas un perdu; de cien ahorcados, no se condena uno.* Y efectivamente: ante la muerte que se avecina, son muchos los que, por primera vez en su vida, piensan seriamente.

Y, finalmente, nuestra opinión tiene un atenuante: sólo ahorcan por criminal... al que se empeña en que le ahorquen.

La historia de la horca, no es historia de virtudes.

El Tránsito de la Virgen.

Triste, ocuro está el Candelero; sólo le alumbra tres lámparas, cuyos mecheros arrojan luz amarilla en la estancia. A un extremo, y sobre lecho humilde, está recostada, dulce y tranquila, no enferma, la Virgen y Madre santa. Ya ni dolores ni angustias su frente y rostro retratan, frente y rostro á los que el tiempo no alargó su magro ceceo. No es la Madre Dolorosa; no es la doncella que hilaba bajo el empujido del hilo de estrepas samaritanas, y que en su seno es la fuente de los manzanos llenos; es la esposa naxerana que se alarzó por galas, que está esperando al esposo que viene para llevarla; lleva puesta en su frente, leve labor en su cara, una modestia en su cuerpo, que cubre tónica paída, que va metamorfoseándose en una especie blanca. Su humilde lecho rodean, fija en ella la mirada, con suspiros en el pecho, con sollozo en las gargantas, mujeres de piedad llenas, doncellas de vida casta, apóstoles de curjido rostro y luenga argénea barba.

Hicose augusto silencio, y resonó como arpa del cielo y canto de cielo la voz de la Virgen santa: Juan, hijo mío, no llorés; Santiago, enjuga tus lágrimas; ¡oh! Pedro, nunca vuelles; adios, Magdalena y Marta, no os dejaré jamás huérfanos, no olvidaré vuestras almas. Asíó la Virgen sus manos, y sobre las inclinadas frentes, dejó que cayeran en bendición y plagaría, y levantando á los cielos su purísima mirada, vio que se abría la bóveda del Candelero y bajaba envuelto en nubes de gloria el Hijo de sus entrañas. Y como el cielo se tinte con los colores del alba, así de rosa y de nieve quedó teñida su cara; y se entornaron sus ojos, así así quedó entornada la lumbre del sol traspueta entre nubes de oro y grana; y quedaron en sus labios cual mariposas posadas las sonrisas de la dicha, los encantos de la gracia. Censo sus manos al pecho, inclinó sobre la almohada su cabeza en sus envueltas, y quedó muda y estática; su rostro bulo tranquilo dulce sueño retratado, y oyóse un leve suspiro y rumores como de alas de arañones y arañones. Era el vuelo de su alma.

S. Liso y Estrada.

Notas políticas.

La sustitución de Consumos está siendo para el Sr. Canalejas un manantial de odios y censuras, de las que no se recatan ni aun los periódicos más afines á su política.

Y es natural, toda vez que la sustitución no ha sido del agrado del público.

Esto se queja de tener que pagar los viveres al mismo precio y de que se le obligue á abonar otros varios impuestos.

Por la misma razón que se miraba con odio los Consumos, oía el pueblo la sustitución mientras no se demuestran las tan cacareadas ventajas en favor de la clase menestral.

Si el Sr. Canalejas no encausa la corriente, claro es que se exponerse á un naufragio.

Pero, señor, ¿cómo traen ciertos rotativos á nuestro Presidente Canalejas!

Tan pronto le suben á las nubes como le dan de porrazos.

Claro que nunca llueve á gusto de todos; pero ya es algo compararle en crueldad, despotismo y sangre fría con Maura y La Cierva. ¿Y qué digo?, más allá va la nube de improperios y ditiambos, puesto que, según el sentir de esos diarios, Canalejas hace buenos á cuantos le precedieron.

Ya le están preparando el equipaje para que vaya á tomar los aires y no vuelva á molestar las ideas de aquellos que constituyen la mayoría del pueblo español.

En tiempo bonancible, todos son buenos pilotos; pero cuando se levantan olas gigantes ó aparecen puntos negros como la cuestión de Marruecos, la República portuguesa y la insubordinación á bordo del *Namancia*, ¡ah! entonces ya es otra cosa. En esos momentos se ve al hombre luchar con los distintos elementos, procurando suavizar asperezas y haciendo que las cosas ocupen el puesto razonable que las corresponde.

Pero ni aun así ha podido Canalejas hacerse apreciar, puesto que tan pronto como ha manifestado que todo lo ocurrido en la *Namancia* era una conspiración republicana, los socialistas y republicanos, tomándolo como broma pesada, han puesto el grito en el cielo.

La desgracia sigue al Sr. Canalejas en todas partes.

CECILIJA VERANIEGAS

DE ACCIÓN SOCIAL

I

En el mismo lapso de tiempo que empleaban nuestros abuelos, en descender de la clásica plaza de Zocodover á la típica casa de Cordero, espaciosos caserón madrileño, ante el cual paraban las diligencias á las que servía de estación central el hoy Bazar de la Unión; puede el toledano de ahora, trasladarse de la Imperial Ciudad á las playas del Cantábrico. Una acertada combinación de trenes le permitirán levantarse de su cama de Toledo, y dormir en las de los hoteles de San Sebastián ó de Fuenterabía.

Esto en los ya lejanos días, de mulas y postillones, fuera sueño irrealizable, pero hoy es grata realidad, en los dominios del vapor, que parece anciano que se va, para dejar el paso á las generaciones de la electricidad, de los automóviles y de los dirigibles. El Mundo prospera rápidamente como si su fin se aproximara y hubiera de llegar con urgencia á su perfección, verdadera obra de Tántalo, que sólo el materialista cree poder realizar.

El paso veloz de gigante del siglo XIX hace atravesar al toledano media España en un día, y ante su vista extiende los más distintos panoramas, con la variedad de sus cultivos, y la idiosincrasia peculiar de sus habitantes, que si la rapidez de los medios de locomoción logra uniformar en sus vestimentas, no puede, en cambio, identificar sus almas.

Cuando en el horizonte se pierde la blanquecina silueta de Madrid, entre los verdoros de una fingida vegetación aparecen los peñascales del Escorial que le recuerdan los de las sierras toledanas, y más tarde los extensos pinares del Marquésado de las Navas, el valle del Aberche, que al llevar su caudal al Tajo, le permite saludar de lejos los montes de Toledo; las vetustas murallas de Avila que tantos recuerdos encierran; Mingonía, antigua colonia vasca; Medina del Campo, centro comercial de pasadas centurias; las ruinas de cuyo castillo son mudos testigos de los últimos días de la gran Reina, y rodeada de la inmensidad de campos de *pan llevar*, precedida por modernos pinares, Valladolid, la capital de la vieja Castilla; después el pequeño lugar de Dueñas, que hizo célebre la primera entrevista de dos augustos novios, á los que unieron luego, los célebres *yugos* que con el *Tanto Monta* habían de formar su escudo; la tierra de campos, regada por el Canal de Castilla, bené-

fico precursor de una política hidráulica; Venta de Baños, que da abo-lengo á los modernos balnearios de moda, desde la época de Recey; y las góticas agujas que dominan la ciudad de Fernán González, y del Cid, con las ruinas venerandas del Castillo de Burgos, cuyas piedras, si hablaran, relatarían una parte muy interesante de nuestra historia, de épicos episodios y de íntimas intrigas; Briviesca, á cuyas célebres Cortes deben su título de Príncipes de Asturias, según algunos historiadores, los primogénitos de nuestros Reyes; las feroces campañas que baña el Ebro, y á poca distancia la gran llanura de Alava, tras la cual se asoma Navarra entre las formidables montañas de Alásua. Presentase después Guipúzcoa, con su carácter propio, sus pequeños valles, sus obscuras aldeas, sus altos montes de verdor intenso, sus vetustos castaños, sus campos de maíz y de manzanos, que cultivan cuidadosos los robustos descendientes de los altivos vascos, que se sienten felices en sus caseríos, de que son unas veces propietarios, colores otros, pero en cuyos hogares se conserva siempre como arraigada convicción, el amor al trabajo, el culto á la tradición y el temor de Dios, que les legaron aquéllos.

Por eso no es sólo el clima y los cultivos lo que vemos variar al descender á estas playas, son las costumbres todas, de un pueblo que si no tuviera un mismo Dios y un mismo Rey nos parecería de nación lojana. Pueblo en que se aune en feliz armonía *progreso y tradición*, base de sus costumbres públicas y privadas; dirigidas aquéllas por una hábil administración, cimentadas éstas en la constitución de la familia verdaderamente cristiana.

El Conde de Casal.

San Sebastián Agosto 1911.

(Continuad.)

UN BUEN CONSEJO

A los *papás*, que tanto afán tienen por el bien de sus hijitas y que quieren, como es consiguiente, que sean las primeras en todo lo que les pueda hacer felices...

A las *manás*, que cifran sus empeños en presentárselas ante la sociedad y sobre todo ante los aspirantes al matrimonio, como las de más condiciones para hacer feliz á un hombre... Allí va una acertada respuesta para que puedan conseguirlo, y si cumplen las condiciones, no engañarán, como sucede á los hombres, que creen á veces casarse con una mujer en la verdadera acepción de la palabra, y se casan con un muñeco ó adorno de salón.

La respuesta premiada fué objeto de concurso en los Estados Unidos.

«Darles una buena educación religiosa y una sólida instrucción.

Enseñarlas después á coser, lavar, planchar, guisar, etc.

Decirles... que para economizar es preciso gastar menos de lo que se tiene.

Que aprendan á comprar, á poner la cuenta de la cocina y á dirigir los quehaceres domésticos de la casa.

Hacerles comprender que un honrado en mangas de camisa vale más que una docena de petimetres imbéciles y vanidosos.

Enseñarlas á despreciar las vanidades y á odiar el disimulo y la mentira.

Después de todo esto se puede enseñar el piano, la pintura y otras artes...»

Es indudable que el que tal dijo era un sabio.